

En agosto de 1521, Tenochtitlan dio su último suspiro. Tras una larga agonía, su cadáver no recibió las exequias propias de su jerarquía, ni mereció el más mínimo respeto por ese inusitado encumbramiento que había alcanzado en menos de cien años. Todo lo contrario: la capital mexica sufrió el más inmisericorde de los ultrajes, para luego ser arrasada por completo. Estas fueron acciones sistemáticas, concebidas y coordinadas por los conquistadores españoles, pero paradójicamente ejecutadas por los indígenas que con tanto celo habían construido el esplendor de toda una civilización.

En el corazón de la isla, por ejemplo, tanto el Templo Mayor como las pirámides circundantes perecieron bajo el implacable golpe del hacha nativa y la piqueta europea. Y es que para los vencedores, estas “torres e iglesias a su modo” sólo podían tener como destino una rápida demolición; en la lógica de la liturgia cristiana, carecían de cualquier utilidad. Así, de manera irremisible, se derrocó edificio por edificio sin quedar a la postre piedra sobre piedra. Corrieron la misma suerte las imágenes de culto, vistas ahora como demoniacos ídolos y horripilantes creaciones de la superchería. Las esculturas mexicas, profanadas y mutiladas, fueron luego abandonadas a su suerte en el nuevo curso de la historia.

No obstante, hay noticia de que, en medio de tal hecatombe, los vencidos lograron bajar íntegras de templos y plataformas algunas efigies divinas de grandes proporciones. Lo hicieron, según nos aclara un documento del siglo XVI, con el mayor de los cuidados y en absoluto silencio. Para evitar dañarlas, las envolvieron en petates, las montaron sobre narias y con ayuda de cuerdas las deslizaron por los taludes de los edificios hasta tocar la base. Las menos voluminosas fueron conducidas en andas lejos de la ciudad insular, a refugios ignotos donde quedaron protegidas del furor iconoclasta de

Cortés y sus hombres. Las esculturas más pesadas, empero, sólo fueron arrastradas hasta el borde de la gran acequia, en el extremo meridional de la plaza del mercado, en terrenos de nuestro actual Zócalo capitalino. Unas de forma inmediata y otras décadas después, lo cierto es que todas ellas quedaron sepultadas en ese lugar y, como consecuencia, pronto pasaron al más rotundo de los olvidos...

Casi medio milenio más tarde, en agosto de 2011, el prestigioso artista multidisciplinario Luciano Matus tuvo a bien contactarme a través de nuestra amiga en común y gran amante del Centro Histórico de la Ciudad de México, la Dra. Alejandra Moreno Toscano. Luciano me solicitó entonces que, en visos de una intervención suya que llamaría *Tiempo de Luz* y que tendría lugar en el Zócalo, visitáramos juntos dos lugares emblemáticos en la historia de mi disciplina, la arqueología. Se trataría, me explicó, de evocar el hallazgo de las dos máximas obras de la plástica mexica: la Coatlicue y la Piedra del Sol.

Así lo hicimos en una mañana soleada. Nos dimos cita en las ruinas del Templo Mayor, escenario de nuestras exploraciones por más de siete lustros. El recorrido comenzó en la base misma de la pirámide principal de Tenochtitlan, justo en el área donde fue exhumada recientemente la ciclópica Tlaltecuhli. Sin apresurarnos caminamos hacia el ángulo sureste del Zócalo, hasta llegar al punto donde emergió la Coatlicue hace nada menos que 223 años. Con nuestro desplazamiento de unos 340 metros emulamos a esos cientos de fieles mexicas que con zozobra arrastraron la imagen de esa divinidad serpiente-mujer-águila que era tenida como la madre de todas las creaturas del universo.

En ese punto apelamos a la memoria, a ese ejercicio fundamental del ser humano que los antiguos nahuas llamaban

*tlanamiquiliztli*, literalmente “lo que se vuelve a encontrar”. Y juntos precisamente “volvimos a encontrar” a “la de la falda de serpientes”, a la diosa de cuerpo decapitado y amputado pero pletórico de energía. En el acto de remembranza vino a la conversación el nombre de Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla y Horcasitas, segundo conde de Revillagigedo, quien en su calidad de virrey de la Nueva España fue el causante de tan trascendental descubrimiento arqueológico sin siquiera proponérselo. En realidad, lo que Revillagigedo deseaba con fervor era transformar el rostro de una urbe entonces dominada por el caos, la insalubridad y la escasa seguridad. En su hábil estrategia, como era de esperarse, incluyó una radical remodelación del Zócalo, entonces conocido bajo el apelativo de “Plaza de Armas”. El primer paso consistió en la eliminación de las sepulturas que afloraban en torno al Sagrario, la demolición del vetusto muro atrial, el traslado definitivo de la horca y la remoción tanto de “la Pila” como de “el Pirámide”<sup>1</sup>. Liberado el terreno de tales obstáculos, se rebajó en poco más de un metro el antiestético montículo que se hacía en medio de la plaza y se comenzaron a instalar atarjeas con grandes tapas de piedra, así como cañerías que surtirían de agua a cuatro esbeltas fuentes.

Luciano me inquirió sobre los pormenores del hallazgo. Le respondí que afortunadamente habían quedado registrados en las publicaciones del astrónomo y anticuario Antonio de León y Gama, en el diario del alabardero José Gómez y en las declaraciones levantadas por el escribano Juan Antonio Gómez al responsable y el sobrestante de la obra y a los dueños de la cacahuatería y la mercería aledañas. La escultura, según

<sup>1</sup> “La Pila” era la fuente ochavada con un tazón de bronce que el virrey Luis de Velasco había enviado desde Perú y que estaba coronada con un águila regalada por el rey Carlos V. Por su parte, “el Pirámide” era la columna rematada en su cima con el busto de Fernando VI.

dichos papeles, vio la luz nuevamente el 13 de agosto de 1790. Fue detectada cuando se construía una atarjea que pasaba junto a los cajoncillos comerciales del Señor San José, para ser exactos a 4.18 metros al norte de la acequia real y a 30.93 metros al poniente del Palacio Real. Yacía a tan sólo 84 centímetros de profundidad, boca abajo y en una posición casi horizontal. Tres semanas más tarde, el 4 de septiembre, la Coatlicue fue alzada en posición vertical con la ayuda de un aparejo real compuesto de una doble polea. En un movimiento posterior, el día 25 del mismo mes, fue llevada junto a la Puerta del Virrey, la actual Puerta de Honor de nuestro Palacio Nacional. Finalmente, en algún momento entre el 29 de octubre de aquel año y el 16 de agosto de 1791, la Coatlicue llegó al hoy desaparecido edificio de la Universidad, habiendo ordenado el virrey que allí fuera medida, pesada, dibujada y grabada para su publicación por parte del cuerpo docente.

Al concluir esta evocación, Luciano y yo nos desplazamos unos 40 metros hacia el noroeste. Esquivamos un buen número de autos antes de llegar indemnes al borde de la coloquialmente llamada “plancha del Zócalo”. Con gran emoción nos paramos en el punto exacto donde apareció la Piedra del Sol. Según los documentos antiguos que hemos aludido, dicho punto se encontraba a 66.87 metros al poniente de la Puerta del Virrey y a 30.92 metros al norte del Portal de las Flores. A semejanza de la Coatlicue, este monolito circular que resume las cinco creaciones sucesivas del cosmos fue avistado a menos de 42 centímetros de profundidad y con su delicada talla hacia abajo. Esto aconteció el 17 de diciembre de 1790. A los pocos días, León y Gama asistió a ese lugar para analizar en forma concienzuda el simbolismo del nuevo monolito. En sus escritos, el anticuario nos refiere que la “gente rústica y pueril” pronto comenzó a dañar los relieves, razón por la cual

los hizo dibujar al más hábil de los grabadores de la ciudad. También señala que impidió el traslado de la Piedra del Sol a la puerta principal de la Catedral, donde mentes obtusas planeaban volver a enterrarla al ras del piso y con los relieves hacia abajo. La oportuna intervención de León y Gama y su viva defensa de los monumentos “de la antigüedad indiana”, lograron que la Piedra del Sol fuera llevada el 2 de julio de 1791 a la torre nueva de la Catedral, donde fue expuesta con orgullo por casi un siglo.

Antes de concluir este recorrido lleno de remembranzas, le confesé a Luciano que no dejaba de sorprenderme que dos monumentos tan espectaculares, habiendo sido descubiertos casi simultáneamente, hubieran tenido destinos tan disímboles: la Coatlicue, al poco tiempo de llegar a la Universidad, fue sepultada en el patio para evitar el resurgimiento de un indeseado culto indígena; la Piedra del Sol, en cambio, quedó a la vista de los transeúntes, convirtiéndose en referente urbano y símbolo de una identidad compartida. Luciano, con su insaciable curiosidad y olfato de gran artista, me preguntó el por qué de tal incongruencia. Aún hoy sigo sin tener la respuesta. Pero es posible que, para las autoridades coloniales, la Piedra del Sol materializara el profundo conocimiento geométrico, calendárico y astronómico de los mexicas, mientras que la Coatlicue les habría mostrado el lado oscuro de este pueblo, el cual les resultaba monstruoso, idolátrico y sanguinario. Curiosamente, en el México de nuestros días, la Piedra del Sol ha sido banalizada por la multiplicación al infinito de su imagen en camisetas, ceniceros y toda suerte de souvenirs. La Coatlicue, en cambio, se ha convertido en la musa predilecta de grandes creadores como Herrán, Orozco, Rivera, Covarrubias, Chávez Morado y tantos otros.

Archaeologist graduated from the Escuela Nacional de Antropología e Historia and Doctor in Archaeology from the Université de Paris-X Nanterre. Throughout his career he has been guest researcher at the Museum of Man in Paris and in Princeton and Harvard universities, as well as guest professor at the Sorbonne and the École Pratique des Hautes Études de Paris, La Sapienza in Rome and the Universidad Francisco Marroquín in Guatemala. Since 1980, he has been a member of the Templo Mayor Project, and its director since 1991. His favorite subjects of study are politics, religion, and arts in pre-Hispanic societies in central Mexico and, more recently, the history of archeology in the region.

He has been granted distinctions such as the Kayden Humanities Award from the University of Colorado; the award from the Mexican Committee of Historical Sciences in 1992, 1996, and 2007; the Alfonso Caso Award from the Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH); the award in Social Sciences Research granted by the Mexican Academy of Sciences; a Guggenheim grant, and a residence from the Institut des Hautes Études in Paris. He is currently a member of the Mexican Academy of Sciences, the Mexican Academy of Anthropological Sciences and the Mexican Academy of History.

Es arqueólogo por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y doctor en Arqueología por la Universidad de Paris-X Nanterre. A lo largo de su carrera ha sido investigador huésped del Museo del Hombre de Paris y de las universidades de Princeton y Harvard, así como profesor invitado de la Sorbonne y la Escuela Práctica de Altos Estudios de París, la Sapienza de Roma y la Universidad Francisco Marroquín de Guatemala. Desde 1980 es miembro del Proyecto Templo Mayor y su director a partir de 1991. Sus temas de estudio favoritos son la política, la religión y el arte en las sociedades prehispánicas del Centro de México y, más recientemente, la historia de la arqueología en nuestro país.

Entre las distinciones que ha recibido destacan el Kayden Humanities Award de la Universidad de Colorado; los Premios 1992, 1996 y 2007 del Comité Mexicano de Ciencias Históricas; el Premio Alfonso Caso del INAH; el Premio de Investigación en Ciencias Sociales de la Academia Mexicana de Ciencias; la Beca Guggenheim, y la Residencia del Instituto de Estudios Avanzados de París. Actualmente es miembro de la Academia Mexicana de Ciencias, la Academia Mexicana de Ciencias Antropológicas y la Academia Mexicana de la Historia.



CIUDAD  
MEMORIA

CIUDAD MEMORIA / MEMORY CITY

Luciano Matus

## CIUDAD MEMORIA / MEMORY CITY

Luciano Matus

### **Cuidado de la edición / Editors**

Luciano Matus y Virginie Kastel

### **Textos / Texts**

Esther Acevedo, Jan Bazant, Michel Blancsubé, Áurea Bucio, Enriqueta Calleros, José Luis Cendejas, Rodrigo Díaz Maldonado, Virginie Kastel, Leonardo López Luján, Ana Elena Mallet, Eileen Matus Calleros, Cuauhtémoc Medina, Louise Noelle, Óscar de Pablo, Juan Palomar, Bárbara Perea, Susana Pliego Quijano, Jorge Reynoso Pohlenz, Manuel Rocha Iturbide, Guillermo Santamarina, Lluvia Sepúlveda, Jesús Silva-Herzog Márquez, Constanza M. Suárez, Daniel Vargas Parra, Itzel Vargas Plata

**Traducción del francés de los textos de Michel Blancsubé y Virginie Kastel / Translation from French of texts by Michel Blancsubé and Virginie Kastel**

Haydée Silva Ochoa

**Traducción al inglés / English translation**

Sonia Verjovsky

**Traducción al inglés del texto de Michel Blancsubé**

**/ English translation of text by Michel Blancsubé**

John Tittensor

**Corrección / Proofreading**

Florencia Molfino

**Concepción gráfica y diseño / Graphic concept and design**

Luciano Matus | Taller de comunicación gráfica

**Producción / Production**

Taller de comunicación gráfica

**Fotografía / Photography**

María Luz Bravo, María Campillo, Isaac Contreras, Alejandro Gómez, Edwin González, Lake/Verea, Virginie Kastel, Luciano Matus.

Este libro se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del **Programa de Apoyos Especiales, 2012**. / This book was made with the support of National Fund for Culture and the Arts through its **Special Supports Program, 2012**.

© de los textos: sus autores / the authors for the texts

© de las traducciones: sus autores / the authors for the translation

© de las imágenes: sus fotógrafos / the photographers for the photos

© Taller de comunicación gráfica

© de esta edición/for this edition: Luciano Matus

**Primera edición, 2013**

**First Edition, 2013**

ISBN: 978-607-7746-16-4

Ninguna parte de esta obra, incluidos el diseño de la cubierta e interiores, podrá ser reproducida, almacenada, comunicada públicamente o distribuida en cualquier forma o medio conocido o por conocerse, si no cuenta de manera previa y expresa con la autorización del legítimo titular de los derechos sobre la misma.

No part of this book, including the cover design and interiors, may be reproduced, stored, used in public communication, or distributed in any form or by any present or future electronic or mechanical means without the express written consent of the intellectual property rights holders.

*Ciudad Memoria* se terminó de imprimir en agosto de 2013. El tiraje consta de dos mil ejemplares. / *Memory City* was printed in August 2013 with a print run of 2000 copies.

Hace 10 años inicié un recorrido por la Ciudad de México a través de intervenciones —en su mayoría efímeras— en edificios o espacios considerados Patrimonio Nacional y/o Patrimonio de la Humanidad. La primera parada (2002) fue en el ex Templo de San Agustín, antigua Biblioteca Nacional, con una intervención que titulé, junto con Manuel Rocha, *Re-conocimiento del espacio*. La última intervención (2012) sucedió en el antiguo Palacio de Comunicaciones y Obras Públicas, hoy Museo Nacional de Arte.

En este recorrido han existido cómplices para que todas estas intervenciones pudieran realizarse. Es por esta razón que, para mí, este libro es un agradecimiento a las personas que me han acompañado, brindado su apoyo y paciencia.

*Luciano Matus*

TEXTOS DE / TEXTS BY

Jesús Silva-Herzog Márquez	15
Michel Blancsubé	19
Jorge Reynoso Pohlenz	31 / 185
Ana Elena Mallet	41
Juan Palomar	45
Esther Acevedo	49 / 221
Leonardo López Luján	57
Óscar de Pablo	69
Eileen Matus Calleros	75 / 227
Áurea Bucio	85
José Luis Cendejas	91
Guillermo Santamarina	105
Enriqueta Calleros	119
Constanza M. Suárez	123
Susana Pliego Quijano	137
Lluvia Sepúlveda	151
Itzel Vargas Plata	169
Luciano Matus	175
Manuel Rocha Iturbide	179
Louise Noelle	205
Bárbara Perea	211
Daniel Vargas Parra	235
Virginie Kastel	251
Rodrigo Díaz Maldonado	259
Jan Bazant	267
Cuauhtémoc Medina	275
Sobre los autores / About the authors	279
Sobre el artista / About the artist	333
Agradecimientos / Acknowledgements	339